

Hora Santa

¡La Pascua es vida!

*¡El Amor y la Verdad
se encontrarán,
la Justicia y la Paz se
abrazarán;
la Verdad brotará de la
tierra
y la Justicia mirará
desde el cielo!*

Salmo 85, 11-12





ARQUIDIÓCESIS DE
SAN JOSÉ

Material preparado por el
Departamento Episcopal de Liturgia y Dpto. de Pastoral Familiar y
Vida.
Curia Metropolitana de San José.

2024

Canto mientras se expone el Santísimo:

Hazme un instrumento de tu paz
donde haya odio lleve yo tu amor
donde haya injuria tu perdón, Señor
donde haya duda fe segura en ti

**MAESTRO AYÚDAME A NUNCA BUSCAR
QUERER SER CONSOLADO SINO CONSOLAR
SER ENTENDIDO COMO ENTENDER
SER AMADO COMO AMAR.**

Hazme un instrumento de tu paz
que lleve tu esperanza por doquier
donde haya oscuridad lleve tu luz
donde haya pena tu gozo, Señor.

Hazme un instrumento de tu paz
es perdonando que nos das perdón
es dando a todos como tú nos das
muriendo es que volvemos a nacer.

SALUDO INICIAL

V. En el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R. Amén.

V. La paz, la caridad y la fe de parte de Dios nuestro Padre
y de Jesucristo el Señor, esté con todos ustedes.

R. Y con tu espíritu.

V. Prostrados delante de ti, Jesús, reconocemos tu obra redentora, con la cual restauraste la verdadera y única paz. No es la paz como la da el mundo, que es frágil y temblorosa. Es la paz que anida en los corazones para fortalecerlos y eliminar todo aquello que vaya en contra de la comunión

fraterna. Fruto de tu Pascua, es el don de la paz, tal como se la diste a los apóstoles el día de tu Resurrección, al decirles: “La paz esté con ustedes”.

A todos los creyentes nos indicaste que para ser felices de verdad y llegar al Reino de Dios, tendríamos que ser constructores de la paz. Hoy más que nunca, todos los cristianos sin excepción, debemos ser constructores de la paz. Nadie tiene excusa. No es la paz del mundo, que se puede romper, es la paz de la fraternidad y de la reconciliación. Los cristianos, cualquiera que sea su condición, deben ser edificadores de esa paz. Al respecto resultan iluminadoras las palabras del papa Francisco:

«La paz tampoco se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día, en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres. En definitiva, una paz que no surja como fruto del desarrollo integral de todos, tampoco tendrá futuro y siempre será semilla de nuevos conflictos y de variadas formas de violencia» (EG 219).

Los que tienen responsabilidades de gobierno o de dirigencia política, dando el ejemplo por supuesto, deben contribuir a que se derriben los muros de división, o acabar con aquellas cosas que impidan la sana convivencia. Su primera preocupación debe ser el bien de todo el pueblo.

Los cristianos, con su derecho a la protesta, no deben valerse de ningún tipo de violencia para manifestarla, pues eso mismo se revierte en contra de sus hermanos.

La familia debe ser el primer ámbito donde se edifica la paz, en el diálogo y la mutua comprensión.

Los ministros ordenados, las religiosas y los agentes de pastoral no deben quedarse atrás: sin dejar de acompañar al pueblo de Dios, deben promover los criterios del evangelio, donde se fundamenta la paz.

Señor Jesús, en esta Hora Santa, te pedimos especialmente por la paz en el mundo, lo hacemos apoyados en una sola razón: nuestra fe en Ti, fundamento de nuestra paz.

A Ti, Señor Jesús, acudimos llenos de fe y esperanza, con la confianza de que atiendas nuestras plegarias,. Sentimos el peso de las angustias, dolores e incertidumbres de muchas mujeres y hombres alrededor del mundo; por eso, como hermanos de una misma familia, queremos expresarles nuestra solidaridad por medio de la oración.

A Ti Jesús, elevamos nuestra oración y nuestra alabanza, confiando en tus manos amorosas, las necesidades de la humanidad con la certeza de que harás posible que las personas que sufren, puedan experimentar con prontitud, tu Reino de justicia, de paz y de amor.

INVOCACIONES

R/ *Alabad al Señor todas las naciones.*

Bendito Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo: ha creado al hombre a su imagen y semejanza; después de la caída del pecado, misericordioso y benigno, reconcilió el mundo en su Hijo muerto y resucitado, y ha puesto el Arco iris, signo perenne de alianza entre sí y cada hombre en la tierra.

R/ *Alabad al Señor todas las naciones.*

Bendito Jesucristo, Señor nuestro, Unigénito del Padre, anunciado por los profetas como príncipe de la paz, nacido de mujer en Belén de Judá: con su sangre ha reconciliado a

Abel con Caín, rompió el muro de separación, y de los dos pueblos ha hecho uno solo; resucitado de los muertos ha anunciado, como primer don a los discípulos, la paz.

R/ *Alabad al Señor todas las naciones.*

Bendito el Espíritu Santo, que es Señor y dador de vida, consolador y fuente de comunión; en el signo resplandeciente de la paloma ha consagrado en el río Jordán al Señor Jesús, para anunciar a las gentes de cerca y de lejos, el año de gracia y de reconciliación; en Pentecostés, fuego ardiente, ha reconstruido a Babel y ha dado, en la pluralidad de las lenguas, la única verdad, fuente de vida.

R/ *Alabad al Señor todas las naciones.*

V/ Oh Dios, que extiendes a cada criatura tu paterna solicitud, haz que todos los hombres, que tienen una fuente única, formen una verdadera familia, unida en la concordia y en la paz. Por Jesucristo Nuestro Señor.

Todos: Amén.

Cantemos...

¿Qué llevabas conversando?
Me dijiste, buen amigo
Y me detuve asombrado
A la vera del camino
¿No sabes lo que ha pasado
Ayer en Jerusalén?
De Jesús de Nazareth
A quien clavaron en cruz
Por eso me vuelvo triste
A mi aldea de Emaús.

**Por la calzada de Emaús
Un peregrino iba conmigo
No le conocí al caminar
Ahora sí, en la fracción del pan.**

Van tres días que se ha muerto
Y se acaba mi esperanza
Dicen que algunas mujeres
Al sepulcro fueron de alba
Pedro, Juan y algunos otros
Hoy también allá buscaron
Mas se acaba mi confianza
No encontraron a Jesús
Por eso me vuelvo triste
A mi aldea de Emaús.

**Por la calzada de Emaús
Un peregrino iba conmigo
No le conocí al caminar
Ahora sí, en la fracción del pan.**

Oh, tardíos corazones
Que ignoráis a los profetas
En la ley ya se anunció
Que el Mesías padeciera
Y por llegar a su gloria
Escogiera la aflicción
En la tarde de aquel día
Yo sentí que con Jesús
Nuestro corazón ardía
A la vista de Emaús

**Por la calzada de Emaús
Un peregrino iba conmigo
No le conocí al caminar
Ahora sí, en la fracción del pan.**

Hizo seña de seguir
Más allá de nuestra aldea
Y la luz del Sol poniente
Pareció que se muriera
Quédate, forastero
Ponte a la mesa y bendice
Que al destello de tu luz
En la bendición del pan
Mis ojos conocerán
Al amigo de Emaús

**Por la calzada de Emaús
Un peregrino iba conmigo
No le conocí al caminar
Ahora sí, en la fracción del pan.**

ESCUCHEMOS Y MEDITEMOS LA PALABRA

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 2, 13-18

Hermanos:

Ahora estáis en Cristo Jesús. Ahora, por la sangre de Cristo, estáis cerca los que antes estabais lejos. Él es nuestra paz.

Él ha hecho de los dos pueblos una sola cosa, derribando con su carne el muro que los separaba: el odio.

Él ha abolido la Ley con sus mandamientos y reglas, haciendo las paces, para crear con los dos, en él, un solo hombre nuevo.

Reconcilió con Dios a los dos pueblos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, al odio. Vino y trajo la noticia de la paz: paz a vosotros, los de lejos; paz también a los de cerca. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre con un mismo Espíritu.

Palabra de Dios.

Por unos instantes meditamos la Palabra de Dios en silencio

El Papa Francisco nos dice que la buena política está al servicio de la paz, escuchemos con atención su mensaje:

1. “Paz a esta casa”

Jesús, al enviar a sus discípulos en misión, les dijo: «Cuando entréis en una casa, decid primero: “Paz a esta casa”. Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros» (*Lc 10,5-6*).

Dar la paz está en el centro de la misión de los discípulos de Cristo. Y este ofrecimiento está dirigido a todos los hombres y mujeres que esperan la paz en medio de las tragedias y la violencia de la historia humana. La “casa” mencionada por Jesús es cada familia, cada comunidad, cada país, cada continente, con sus características propias y con su historia; es sobre todo cada persona, sin distinción ni discriminación. También es nuestra “casa común”: el planeta en el que Dios nos ha colocado para vivir y al que estamos llamados a cuidar con interés.

Por tanto, este es también mi deseo al comienzo del nuevo año: “Paz a esta casa”.

2. El desafío de una buena política

La paz es como la esperanza de la que habla el poeta Charles Péguy; es como una flor frágil que trata de florecer entre las piedras de la violencia. Sabemos bien que la búsqueda de poder a cualquier precio lleva al abuso y a la injusticia. La política es un vehículo fundamental para edificar la ciudadanía y la actividad del hombre, pero cuando aquellos que se dedican a ella no la viven como un servicio a la comunidad humana, puede convertirse en un instrumento de opresión, marginación e incluso de destrucción.

Dice Jesús: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9,35). Como subrayaba el Papa san Pablo VI: «Tomar en serio la política en sus diversos niveles —local, regional, nacional y mundial— es afirmar el deber de cada persona, de toda persona, de conocer cuál es el contenido y el valor de la opción que se le presenta y según la cual se busca realizar colectivamente el bien de la ciudad, de la nación, de la humanidad».

En efecto, la función y la responsabilidad política constituyen un desafío permanente para todos los que reciben el mandato de servir a su país, de proteger a cuantos viven en él y de trabajar a fin de crear las condiciones para un futuro digno y justo. La política, si se lleva a cabo en el respeto fundamental de la vida, la libertad y la dignidad de las personas, puede convertirse verdaderamente en una forma eminente de la caridad.

3. Caridad y virtudes humanas para una política al servicio de los derechos humanos y de la paz

El Papa Benedicto XVI recordaba que «todo cristiano está llamado a esta caridad, según su vocación y sus posibilidades de incidir en la *pólis*. [...] El compromiso por el bien común, cuando está inspirado por la caridad, tiene una valencia superior al compromiso meramente secular y político. [...] La acción del hombre sobre la tierra, cuando está inspirada y sustentada por la caridad, contribuye a la edificación de esa ciudad de Dios universal hacia la cual avanza la historia de la familia humana». Es un programa con el que pueden estar de acuerdo todos los políticos, de cualquier procedencia cultural o religiosa que deseen trabajar juntos por el bien de la familia humana, practicando aquellas virtudes humanas que son la base de una buena acción política: la justicia, la equidad, el respeto mutuo, la sinceridad, la honestidad, la fidelidad.

A este respecto, merece la pena recordar las “bienaventuranzas del político”, propuestas por el cardenal vietnamita François-Xavier Nguyễn Văn Thuận, fallecido en el año 2002, y que fue un fiel testigo del Evangelio:

Bienaventurado el político que tiene una alta consideración y una profunda conciencia de su papel.

Bienaventurado el político cuya persona refleja credibilidad.

Bienaventurado el político que trabaja por el bien común y no por su propio interés.

Bienaventurado el político que permanece fielmente coherente.

Bienaventurado el político que realiza la unidad.

Bienaventurado el político que está comprometido en llevar a cabo un cambio radical.

Bienaventurado el político que sabe escuchar.

Bienaventurado el político que no tiene miedo.

Cada renovación de las funciones electivas, cada cita electoral, cada etapa de la vida pública es una oportunidad para volver a la fuente y a los puntos de referencia que inspiran la justicia y el derecho. Estamos convencidos de que la buena política está al servicio de la paz; respeta y promueve los derechos humanos fundamentales, que son igualmente deberes recíprocos, de modo que se cree entre las generaciones presentes y futuras un vínculo de confianza y gratitud.

4. Los vicios de la política

En la política, desgraciadamente, junto a las virtudes no faltan los vicios, debidos tanto a la ineptitud personal como

a distorsiones en el ambiente y en las instituciones. Es evidente para todos que los vicios de la vida política restan credibilidad a los sistemas en los que ella se ejercita, así como a la autoridad, a las decisiones y a las acciones de las personas que se dedican a ella. Estos vicios, que socavan el ideal de una democracia auténtica, son la vergüenza de la vida pública y ponen en peligro la paz social: la corrupción —en sus múltiples formas de apropiación indebida de bienes públicos o de aprovechamiento de las personas—, la negación del derecho, el incumplimiento de las normas comunitarias, el enriquecimiento ilegal, la justificación del poder mediante la fuerza o con el pretexto arbitrario de la “razón de Estado”, la tendencia a perpetuarse en el poder, la xenofobia y el racismo, el rechazo al cuidado de la Tierra, la explotación ilimitada de los recursos naturales por un beneficio inmediato, el desprecio de los que se han visto obligados a ir al exilio.

5. La buena política promueve la participación de los jóvenes y la confianza en el otro

Cuando el ejercicio del poder político apunta únicamente a proteger los intereses de ciertos individuos privilegiados, el futuro está en peligro y los jóvenes pueden sentirse tentados por la desconfianza, porque se ven condenados a quedar al margen de la sociedad, sin la posibilidad de participar en un proyecto para el futuro. En cambio, cuando la política se traduce, concretamente, en un estímulo de los jóvenes talentos y de las vocaciones que quieren realizarse, la paz se propaga en las conciencias y sobre los rostros. Se llega a una confianza dinámica, que significa “yo confío en ti y creo contigo” en la posibilidad de trabajar juntos por el bien común. La política favorece la paz si se realiza, por lo tanto, reconociendo los carismas y las capacidades de cada persona. «¿Hay acaso algo más bello que una mano tendida? Esta ha sido querida por Dios para dar y recibir. Dios no la ha

querido para que mate (cf. *Gn* 4,1ss) o haga sufrir, sino para que cuide y ayude a vivir. Junto con el corazón y la mente, también la mano puede hacerse un instrumento de diálogo».

Cada uno puede aportar su propia piedra para la construcción de la casa común. La auténtica vida política, fundada en el derecho y en un diálogo leal entre los protagonistas, se renueva con la convicción de que cada mujer, cada hombre y cada generación encierran en sí mismos una promesa que puede liberar nuevas energías relacionales, intelectuales, culturales y espirituales. Una confianza de ese tipo nunca es fácil de realizar porque las relaciones humanas son complejas. En particular, vivimos en estos tiempos en un clima de desconfianza que echa sus raíces en el miedo al otro o al extraño, en la ansiedad de perder beneficios personales y, lamentablemente, se manifiesta también a nivel político, a través de actitudes de clausura o nacionalismos que ponen en cuestión la fraternidad que tanto necesita nuestro mundo globalizado. Hoy más que nunca, nuestras sociedades necesitan “artesanos de la paz” que puedan ser auténticos mensajeros y testigos de Dios Padre que quiere el bien y la felicidad de la familia humana.

6. No a la guerra ni a la estrategia del miedo

Cien años después del fin de la Primera Guerra Mundial, y con el recuerdo de los jóvenes caídos durante aquellos combates y las poblaciones civiles devastadas, conocemos mejor que nunca la terrible enseñanza de las guerras fratricidas, es decir que la paz jamás puede reducirse al simple equilibrio de la fuerza y el miedo. Mantener al otro bajo amenaza significa reducirlo al estado de objeto y negarle la dignidad. Es la razón por la que reafirmamos que el incremento de la intimidación, así como la proliferación incontrolada de las armas son contrarios a la moral y a la búsqueda de una verdadera concordia. El terror ejercido sobre las personas

más vulnerables contribuye al exilio de poblaciones enteras en busca de una tierra de paz. No son aceptables los discursos políticos que tienden a culpabilizar a los migrantes de todos los males y a privar a los pobres de la esperanza. En cambio, cabe subrayar que la paz se basa en el respeto de cada persona, independientemente de su historia, en el respeto del derecho y del bien común, de la creación que nos ha sido confiada y de la riqueza moral transmitida por las generaciones pasadas.

Asimismo, nuestro pensamiento se dirige de modo particular a los niños que viven en las zonas de conflicto, y a todos los que se esfuerzan para que sus vidas y sus derechos sean protegidos. En el mundo, uno de cada seis niños sufre a causa de la violencia de la guerra y de sus consecuencias, e incluso es reclutado para convertirse en soldado o rehén de grupos armados. El testimonio de cuantos se comprometen en la defensa de la dignidad y el respeto de los niños es sumamente precioso para el futuro de la humanidad.

7. Un gran proyecto de paz

Celebramos en estos días los setenta años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que fue adoptada después del segundo conflicto mundial. Recordamos a este respecto la observación del Papa san Juan XXIII: «Cuando en un hombre surge la conciencia de los propios derechos, es necesario que aflore también la de las propias obligaciones; de forma que aquel que posee determinados derechos tiene asimismo, como expresión de su dignidad, la obligación de exigirlos, mientras los demás tienen el deber de reconocerlos y respetarlos».

La paz, en efecto, es fruto de un gran proyecto político que se funda en la responsabilidad recíproca y la interdependencia de los seres humanos, pero es también un desafío que

exige ser acogido día tras día. La paz es una conversión del corazón y del alma, y es fácil reconocer tres dimensiones inseparables de esta paz interior y comunitaria:

— la paz con nosotros mismos, rechazando la intransigencia, la ira, la impaciencia y —como aconsejaba san Francisco de Sales— teniendo “un poco de dulzura consigo mismo”, para ofrecer “un poco de dulzura a los demás”;

— la paz con el otro: el familiar, el amigo, el extranjero, el pobre, el que sufre...; atreviéndose al encuentro y escuchando el mensaje que lleva consigo;

— la paz con la creación, redescubriendo la grandeza del don de Dios y la parte de responsabilidad que corresponde a cada uno de nosotros, como habitantes del mundo, ciudadanos y artífices del futuro.

La política de la paz —que conoce bien y se hace cargo de las fragilidades humanas— puede recurrir siempre al espíritu del *Magnificat* que María, Madre de Cristo salvador y Reina de la paz, canta en nombre de todos los hombres: «Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; [...] acordándose de la misericordia como lo había prometido a nuestros padres en favor de Abrahán y su descendencia por siempre» (*Lc* 1,50-55).

ORACIÓN DE LOS FIELES

Oremos, hermanos, a Dios Padre todopoderoso, que dio al mundo la paz por la venida de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo y por su medio presentémosle nuestras peticiones. A cada una de ellas, digamos:

R/ *Príncipe de la paz, escúchanos.*

Por la paz en el mundo y por la paz en nuestros corazones, roguemos al Señor.

Por la Santa Iglesia de Dios, para que sea realmente pueblo de la vida, de la paz y del amor, roguemos al Señor.

Por el Santo Padre Francisco, por todos los Obispos, Sacerdotes, Religiosos, Diáconos y Seminaristas, para que sigan siendo constructores de la paz, roguemos al Señor.

Para que los cristianos de todas las tradiciones sigan siempre a Cristo, luz del mundo y príncipe de la paz, roguemos al Señor.

Para que no nos dejemos llevar por la discordia, la violencia, el odio y, por el contrario, seamos siempre valientes instrumentos de paz en nuestras comunidades, roguemos al Señor.

Para que los que han sufrido en carne propia agresiones o la pérdida de algún ser querido, tengan la fuerza para perdonar, roguemos al Señor.

Por el aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas, para que el Señor llame muchos ministros y servidores de la paz y el amor en medio de nuestras comunidades, roguemos al Señor.

Por el eterno descanso de todos los fieles difuntos, en particular de quienes han perdido la vida por la violencia, roguemos al Señor.

V. Mira Señor, a estos hijos tuyos que te piden paz y se comprometen por tu paz y que una vez más rezan como Cristo tu Hijo nos enseñó:

Padre nuestro...

BENDICIÓN CON EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR

Tantum ergo, sacramentum venerémur cernui;
et antiquum documéntum novo cedat ritui;
praestet fides supleméntum sénsuum deféctui.

Genitóri, Genitóque, laus et jubilátio:
salus, honor, virtus quoque sit et benedictio;
procendéti ab utróque compar sit laudátio.
Amén.

V. Les diste Señor el pan del cielo.

R. Que contiene en sí todo deleite.

Oremos

Oh Dios, que en este admirable sacramento nos dejaste el memorial de tú Pasión, te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente el fruto de tu redención. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Bendición eucarística

Bendito sea Dios.

Bendito sea su santo Nombre.

Bendito sea Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.

Bendito sea el Nombre de Jesús.

Bendito sea su Sacratísimo Corazón.

Bendita sea su Preciosísima Sangre.
Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.
Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.
Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.
Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.
Bendita sea su gloriosa Asunción.
Bendito sea el nombre de María Virgen y Madre.
Bendito sea San José, su castísimo esposo.
Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.

Súplica a María

Antes de salir hacia nuestro cotidiano, pidamos la intercepción de María Santísima, para que la humanidad alcance la Paz anhelada.

María, míranos. Estamos aquí ante ti.
Tú eres Madre, conoces nuestros cansancios y nuestras heridas.
Tú, Reina de la paz, sufres con nosotros y por nosotros, al ver a tantos de tus hijos abatidos por los conflictos, angustiados por las guerras que desgarran el mundo.

Es una hora de oscuridad.
Esta es una hora de oscuridad, Madre.
Y en esta hora de oscuridad, nos sumergimos en tus ojos luminosos y nos confiamos a tu corazón, que es sensible a nuestros problemas y que tampoco estuvo exento de inquietudes y temores.

Cuánta preocupación cuando no había lugar para Jesús en el albergue, cuánto miedo cuando tuvieron que huir rápidamente a

Egipto porque Herodes quería matarlo,
cuánta angustia cuando se perdió en el templo.

Pero, Madre, tú en las pruebas fuiste valiente,
fuiste audaz, confiaste en Dios
y respondiste a la preocupación con la solicitud,
al miedo con el amor, a la angustia con la donación.

Madre, en los momentos decisivos no retrocediste,
sino que tomaste la iniciativa: fuiste sin demora a ver a
Isabel, en las bodas de Caná obtuviste el primer milagro de
Jesús, en el Cenáculo mantuviste a los discípulos unidos.
Y cuando en el Calvario una espada traspasó tu alma, tú,
Madre, mujer humilde, mujer fuerte,
entretejiste de esperanza pascual la noche del dolor.

Ahora, Madre, toma una vez más la iniciativa,
tómala en favor nuestro,
en estos tiempos azotados por los conflictos
y devastados por las armas.

Vuelve tus ojos misericordiosos a la familia humana
que ha extraviado el camino de la paz,
que ha preferido Caín a Abel y que,
perdiendo el sentido de la fraternidad,
no recupera el calor del hogar.

Intercede por nuestro mundo en peligro y en confusión.
Enséñanos a acoger y a cuidar la vida —¡toda vida humana!
— y a repudiar la locura de la guerra,
que siembra muerte y elimina el futuro.

María, muchas veces tú has venido a nuestro encuentro,
pidiéndonos oración y penitencia.
Nosotros, sin embargo, ocupados en nuestros asuntos
y distraídos por tantos intereses mundanos,

hemos permanecido sordos a tus llamadas.
Pero tú, que nos amas, no te cansas de nosotros.

Madre, tómanos de la mano.
Tómanos de la mano y guíanos a la conversión,
haz que volvamos a poner a Dios en el centro.
Ayúdanos a mantener la unidad en la Iglesia y a ser
artífices de comunión en el mundo.

Recuérdanos la importancia de nuestro papel,
haz que nos sintamos responsables por la paz,
llamados a rezar y a adorar,
a interceder y a reparar por todo el género humano.
Madre, solos no podemos lograrlo,
sin tu Hijo no podemos hacer nada.
Pero tú nos llevas a Jesús, que es nuestra paz.

Por eso, Madre de Dios y Madre nuestra,
nosotros recurrimos a ti,
buscamos refugio en tu Corazón inmaculado.
Imploramos misericordia, Madre de misericordia;
suplicamos paz, Reina de la paz.

Mueve los corazones de quienes están atrapados por el odio,
convierte a quienes alimentan y fomentan conflictos.
Enjuga las lágrimas de los niños
—en esta hora lloran mucho—,
asiste a los que están solos y son ancianos,
sostiene a los heridos y a los enfermos,
protege a quienes tuvieron que dejar su tierra
y sus seres queridos, consuela a los
desanimados, reaviva la esperanza.

Te entregamos y consagramos nuestras vidas,
cada fibra de nuestro ser, lo que tenemos
y lo que somos, para siempre.

Te consagramos la Iglesia para que,
testimoniando al mundo el amor de Jesús,
sea signo de concordia, sea instrumento de paz.

Te consagramos nuestro mundo,
especialmente te consagramos los países
y las regiones en guerra.
El pueblo fiel te llama aurora de la salvación.
Madre, abre resquicios de luz en la noche de los conflictos.

Tú, morada del Espíritu Santo,
inspira caminos de paz a los responsables de las naciones.
Tú, Señora de todos los pueblos,
reconcilia a tus hijos, seducidos por el mal,
cegados por el poder y el odio.
Tú, que estás cerca de cada uno,
acorta nuestras brechas de separación.
Tú, que tienes compasión de todos,
enséñanos a hacernos cargo de los demás.
Tú, que revelas la ternura del Señor,
haznos testigos de su consolación.

Madre, tú, Reina de la paz,
derrama en los corazones la armonía de Dios.

Amén.

Canto final

**HOY, SEÑOR, TE DAMOS GRACIAS
POR LA VIDA, LA TIERRA Y EL SOL.
HOY, SEÑOR, QUEREMOS CANTAR
LAS GRANDEZAS DE TU AMOR.**

Gracias, Padre, mi vida es tu vida,
tus manos amasan mi barro,
mi alma es tu aliento divino,
tu sonrisa en mis ojos está.

Gracias, Padre, Tú guías mis pasos,
Tú eres la luz y el camino,
conduces a Ti mi destino
como llevas los ríos al mar.

Gracias, Padre, me hiciste a tu imagen
y quieres que siga tu ejemplo
brindando mi amor al hermano,
construyendo un mundo de paz.

CONS
DID



*Gózate y alégrate,
Virgen María;*

aleluya.

*Porque
verdaderamente ha
resucitado el Señor;*

aleluya.